

Para su padre, el principio no representó nunca problema alguno. Lo tenía asentado en el cerebro como un relato de la Biblia o una historia de la creación del mundo. Se lanzaba sobre ello sin previo aviso, como si recapitulase su vida a partir de ese punto. Solía contarle a menudo, cuando no lograba entender qué había sido de su existencia. Cuando ni siquiera el fuego ambarino de su copa le aclaraba dónde empezaron a torcérsese las cosas.

Nunca percibió el aburrimiento en los rostros de los demás, los ojos que se elevaban al cielo, las sonrisitas afectadas que intercambiaban.

Era algo que Marini odiaba en él. Le entraban ganas de zarandearlo, de arrancarle todas las palabras para que no le quedase dentro nada que decir. Pero ¿cómo podía moverse siquiera cuando ella misma rebosaba una ansiedad que la mantenía sin aliento, temerosa de que él olvidara algún detalle, de que se contradijera, de que sus palabras quedasen reducidas a un mero relato inventado?

Sin embargo, siempre era lo mismo: las mismas frases, la evolución, la pura magia de ello. Poco a poco, Marini se relajaba y las expresiones de los demás, las muecas, las sonrisitas, perdían toda importancia.

Él es un viejo imbécil, pero la chica... muy mal asunto para ella. La niña los despreciaba por su compasión y le incitaba para que no parara, formulándole preguntas para que volviera al buen camino cuando los pensamientos del hombre se desbocaban y era incapaz de dar con las oportunas palabras en inglés para expresarlos. O cuando simplemente no podía soportar los recuerdos.

Para Marini, el principio era más feliz. Para ella la historia empezó el día en que llegaron al pueblo de Junction, en la costa australiana del norte de Queensland.

La línea del litoral oscilaba. Si mantenía los ojos entrecerrados, irregulares trazos de magenta y amarillo cortaban las manchas de rojos, verdes y castaños que palpitaban bajo la bóveda de deslumbrante azul. A través del agua, mucho antes de que pudiera distinguir formas individuales, oyó la música que les daba la bienvenida, una cacofonía de inciertas trompetas acompañadas por un tambor bajo, cuyo batir se extraviaba en la maraña de ramas suspendidas sobre el río fangoso.

Vista desde el embarcadero de madera situado delante de las inclinadas chabolas que se desparramaban por la ribera, la escena debía de tener un aspecto distinto. El herrumbroso vapor de cabotaje, que la muchedumbre que aguardaba en tierra conocía muy bien, se escoró mansamente al deslizarse por el fangoso río, rumbo al puerto, con su cargamento de maquinaria y correo,

amén de la docena de pasajeros que, de pie junto a su equipaje, aferrados a la baranda del barco, no apartaban de la orilla su inquieta mirada.